

CULTURAL

AZUCENA MANJARREZ/ENVIADA

MÉXICO. Hay un lugar en el que el día se parece a la noche. Es como una estampa oscura habitada por cientos de jóvenes que persiguen sueños, se "alimentan" de música comprometida, forjan estilos de vida y filosofías para ver al mundo.

Aparecen cada sábado en el Tianguis del Chopo, en un clima de paz, aunque la apariencia de todos sea dura o violenta, enarbolando la causa de ese hijo desobediente, tantas veces estigmatizado, poco entendido y hasta vilipendiado, el rock.

Es la rebeldía al mundo "normal", que aquí se traduce a metros, cuadrados, de donde emergen "tribus" de punks, metaleros, darketos, bluseros, rocanroleros, skatos.

Comparte su historia

Oscar Ramírez es uno de ellos. Su historia nació el mismo día en el que lo hizo el tianguis, ubicado en la calle Aldama, desde 1988, con un puesto de ropa, discos y la edición de la revista Banda Rockera.

Su apariencia lo dice todo. Greña larga, ropa oscura, botas y pulseras de metal. Es un roquero, pero no cualquiera, su adhesión a este lugar es tal, que se siente parte de él.

El Rolly, como lo conocen, dice que venir al Chopo es como recibir una bocanada de aire fresco, una recarga de energías suficiente para sobrevivir toda la semana.

Como él, hay decenas que cumplen el ritual: salir poco antes de las 9:00 horas de sus colonias, de los barrios suburbanos. Por la tarde regresarán a la rutina.

Unos pasos antes

Al Chopo se le comienza a ver desde el interior de la estación del Metro Guerrero.

Atrás queda la otra ciudad, en la que todos caben con sus demonios dentro.

Desaparecen las vestimentas formales de los pasajeros, ahora son estrafalarias, en su mayoría oscuras, cabelleras alborotadas en diferentes formas, cuerpos tatuados, pintados y con perforaciones en el rostro.

Otros traen capas y bluseros hasta los tobillos, que en ciudades como Culiacán no podrían ser usadas. Sería asfixiante.

Son "tribus" urbanas. Se les ve por todos lados, sentados en el piso, en los asientos del vagón. No sienten las miradas inquisitorias, aquí los visitantes son los "extraños".

Sus pláticas van desde Bakunin hasta Proudhon. Los del asiento de atrás hablan de los próximos conciertos.

El tiempo es corto. La estación Buena Vista es la parada. Las voces se multiplican como en una babel del rock. Son de jóvenes que se entrecruzan. No se conocen pero los unen sus ideales.

Caminan todos separados, pero a la vez juntos, van al mismo lugar, al punto de reunión de cada sábado en la colonia Guerrero, lugar que acogió al movimiento luego de ser expulsado de la UNAM, donde nació en 1980.



TIANGUIS DEL CHOPO
Encuentro 'rebelde'

Cada sábado, en el lugar se reúnen cientos de jóvenes de distintas culturas urbanas

FIESTA ROCKERA En el lugar se ofrecen conciertos de rock y se oferta discografía 'pirata'.



Punks abundan en el lugar.

Entrada al mundo del rock

Salir del subterráneo es desembocar en otro mundo. Es la atmósfera chopiana. Un darketo vende flores negras, otra adolescente rapada ofrece ropa de segunda mano. Se acumulan los jóvenes. Lograr salir se vuelve una odisea.

Ahí va Jameson, un joven alto, con botas de charol, chamarrallita, rostro pintado de blanco, con aretes en las cejas y la boca.

Camina dos cuerdas y saluda a sus camaradas, que también venden paraguas negros con decorados de encaje.

Antes de doblar a la izquierda, en la calle Aldama, se detiene con un viejo amigo que oferta unos tenis Vans a 300 pesos. En una tienda comercial alcanzarían los mil pesos.

Un trago de caguama y un cigarro es lo que lo detiene por unos minutos. A la distancia un contingente de policías observa.

En el tuétano de El Chopo

Desde la esquina de Mosqueta se alcanzan a ver las banquetas repletas de jóvenes, unos sentados, otros caminando.

La música se escucha. Se mezcla el metal y sus derivaciones como el heavy, black, death, con el punk, ska, hard core, grind.

Sale de las decenas de puestos en los que se ofertan discos, que sólo en este lugar se pueden encontrar.

Las filas de establecimientos

informales crecen. Hay revistas, ropa plastificada, muñecos con la imagen de Freddy Krueger, medias de colores.

Detenerse será encontrarse con una cultura distinta.

Juventud racional

En otro puesto, poco antes de que algunos vendedores ofrezcan tragos de mezcal, se hacen tatuajes y perforaciones, como la que atravesó el labio inferior de Roberto, quien ni se inmutó.

Espacio libertario

Los más de 2 mil visitantes que recibe cada sábado el tianguis, han fortalecido su causa. La de los "rebeldes", que buscan la libertad. Lo hacen con música, vestimenta, fuera de los cánones establecidos en una sociedad conservadora.

"Los rockeros somos rebeldes, pero sin llegar al libertinaje. Aquí está la energía con la que salgo adelante durante el resto de la semana. El Chopo es mi vida", señala El Rolly, quien es el Chopo personificado en un ser que se mueve, organiza.

"Siento algo mágico, es como una inyección rocanrolera que necesito para vivir".

La lluvia lo obliga a detener la plática. Tiene que recoger la mercancía, empacar y regresar a casa, en Tepito.

El Chopo termina su faena. El día ya no era la noche. Siete días pasan rápido y llegará de nuevo el eterno sábado.



En grupo, los jóvenes recorren el lugar.

CRONOLOGÍA

■ El 4 de octubre de 1980 abrió el tianguis, junto al Museo del Chopo, ubicado en la UNAM, donde duró dos años.

■ Ocupó un espacio en la calle Enrique González Martínez, de donde también fueron expulsados. Después se pasaron a la Alameda de Santa María, donde duraron sólo un sábado.

■ Luego de un peregrinaje de años, en 1988 logra colocarse en la calle Aldama, de la colonia Guerrero, lugar donde se encuentra actualmente en la Ciudad de México.



Singulares artículos se encuentran a la venta.